



XVII

**S**ENTADA en un cajón forrado de cuero, estaba Julia, abrumada por la fatiga de una larga y dura jornada por el recio camino de la sierra.

Se hallaba muy pálida y solo sus hermosos ojos negros reflejaban los rojizos resplandores de la chimenea; tenía las manos caídas con abandono y la boca contraída por un gesto nervioso.

Mariana dormitaba acurrucada en un rincón sobre una piel de venado, en tanto que las otras cuatro mujeres, las tres de los Chavez y la hija de Cruz, sentadas dos en cada cama, intentaban contener los sollozos que les arrancaba secreta angustia.

Había un silencio profundo, ese silencio enorme que precede á las grandes catástrofes y que prepara el desenlace de todas las tragedias. Ni siquiera los perros

ladraban, habiendo cesado ya todo movimiento nocturno.

—Tú estás cansada, hija, acuéstate,—dijo á Julia la mujer de Cruz, compadecida del dolor que la niña manifestaba; pero ésta contestó vivamente:

—No, señora, tenemos que velar, así lo quiere el Señor—y después de suspirar, añadió:

—Tengo mucho que rezar á la Virgen,—y sus ojos preñados de lágrimas se dirigieron al cielo como demandando misericordia.

Y de nuevo el silencio volvió á pasar fatídicamente sobre tanta amargura.

De pronto llegó de afuera un gran murmullo y vagos rumores mezclados con detonaciones que prolongó el eco de las montañas. Luego todo cesó, y pasados algunos minutos llamaron á la puerta. Julia abrió, entrando un hombre envuelto en un gran cobertor rojo.

—¡El poder de Dios nos valga! ¿Está Cruz?—preguntó descubriéndose y descubriendo su carabina cuyo cañón brilló á los reflejos de la chimenea.

Entonces Cruz, sereno y tranquilo, se asomó á su puerta y con voz firme dijo al recién llegado.

—Entra, Pablo,—y éste pasó tras él, al oratorio.

Era Pablo Calderón, que venía de Pinos Altos, donde se hallaba en observación de un destacamento del 11.º que guarnecía ese punto, cerca de la frontera de Sonora; traía terribles noticias.

De aquel Estado venía una fuerte columna de más de quinientos hombres, al mando del coronel Torres;

traía más de 200 hombres de Guaymas y Navajoa, terribles indios de la sierra de Tarhumara, y de las tribus ópatas, muy temibles por su arrojo y su audacia; una sección del 12.º batallón; otra del 24.º y el destacamento del 11.º que se le incorporó.

Debían atacar el pueblo á las siete de la mañana del día 20 de Octubre, bajando camino de Pinos Altos.

Pero lo más alarmante era que *San José* había sido hecho prisionero y fusilado acaso en aquellos momentos.

Después que Pablo hubo enterado de esto á Cruz, éste le ordenó que de tales noticias guardase un absoluto silencio.

Y sin inmutarse, pues ya sabía la primera parte de las noticias aunque no que el coronel Torres atacase el mismo día, adivinando que el asalto sería simultáneo, cambió sus disposiciones y él mismo, fajándose una canana y tomando su carabina, seguido de Calderón, á pasos de lobo, se encaminó por las veredas sinuosas del valle, al Camposanto, en el extremo del pueblo, despertando los perros de las casas cuyos ladridos se multiplicaron á lo lejos en el silencio de la noche.

Allí comunicó á su hermano Manuel y á Jesús Medrano, que con sus dos guerrillas ocupasen en el extremo las casas, junto al río, poco ancho y profundo en aquella época, que pasa al Oeste del pueblo.

Así se hizo, quedando al pié del cerro del Cordón de Lino solo una guerrilla, y las otras dos tras el río,

cuyo paso debían defender de las fuerzas que venían por el lado del Oeste.

Al rayar el alba extendiéronse las dos guerrillas á lo largo del margen entre las milpas, hasta cubrir todo el frente de los cerros del Norte y N. O.

A retaguardia, Cruz, con la primera guerrilla, permaneció de reserva, dependiendo su actitud de las circunstancias en que se presentara el combate.

En tanto, los hombres acampados en el cementerio se desplegaron al pie del cerro del Cordón del Lino, mientras Pedro Chaparro disponía también en tiradores los suyos en el cerro de la Cueva, á derecha é izquierda de este, dispuesto á dar frente ó por su derecha al general Rangel, ó por su izquierda al coronel Torres.

A las seis de la mañana empezáronse á distinguir algunos hombres de las columnas que venían de Pinos Altos y ocupaban los cordones de los cerros. Después se detuvieron y esperaron sin duda la señal de las columnas que venían de Guerrero. Pero estas no llegaban aún y en vano se repetía por el corneta de órdenes del Coronel, la contraseña *atención, parte y rancho*, sin obtener al otro extremo del valle, más respuesta que el mismo toque contestado y multiplicado inmediatamente por el eco.

Cruz comprendió instantáneamente todas las ventajas que podía sacar de aquella situación, si se provocaba de cualquier manera el combate en aquel momento.

Así es que recorrió la dilatada línea de sus tiradores extendidos tras el río, en las milpas y tras una gran loma; les hizo avanzar ordenándoles que con el alza á 600 metros, apuntasen á los *cordones* ocupados por el enemigo, haciendo fuego con mucha calma, para obligarles á bajar, aniquilándoles en aquellos terrenos accidentados y cubiertos de sembrados y rastros, ó al pasar el río.

Principió un lento tiroteo, y media hora después, las columnas, ya casi en la falda, contestaban á los fuegos.

Al frente, al pie del cerro de la Cruz, los bravos *pimas* de Sonora armados de *remingtons*, apenas se podían contener, escuchando los gritos con que los tomochitecos los desafiaban enviándoles, de paso, algunas descargas.

Aquellos indios de Sonora, acostumbrados á la vida de la sierra, á la caza y la carrera entre sus asperezas, son terribles. Altos, fornidos y audaces, vestidos con blusas y pantalones azules y zapatones amarillos, se enardecían, dando también feroces gritos, haciendo fuego tras las rocas y los árboles.

Los de Tomochic, comprendiendo que eran los más temibles de sus enemigos, los excitaban á bajar y á trabar el combate en el llano, gritándoles:

—¡Bajen esos pimas! ¡Bajen esos valientes de Sonora! ¡Aquí estamos, aquí los esperamos! ¡Viva el Poder de Dios! ¡Muera el Gobierno!... ¡Muera Lucifer!

Sin embargo, había órdenes severísimas de no lle-

var aún un ataque á fondo sobre el pueblo hasta que contestasen las fuerzas de Chihahua, que con gran desesperación del valiente coronel Torres, que había sido puntual, no llegaban.

Pero el destacamento del 11.º que mandaba el capitán Castro y donde iba precisamente el mismo sargento Zabala que con aquel capitán había derrotado hacía un año á los montañeses aún débiles, había principiado, sobre la izquierda, el combate, atacando muy de cerca y ferozmente á los serranos. Los federales contestaron haciendo fuego, animados un tanto con los gritos de:

—¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el undécimo batallón.

Por fin, se escuchó ya en medio de las primeras descargas, la ansiada contraseña que del otro lado de los cerros, débilmente repetía el toque de *atención, parte y diana*.

A paso veloz y por tramos fueron avanzando las columnas de la sección del 24.º, pimas, y 11.º, en tanto que el 12.º subía el cerro de la Medrano que con su alta cima domina perfectamente el valle, como el de la Cueva.

Los del pueblo se retiraron lentamente haciendo un fuego vivo y certero que contenía á los asaltantes á buena distancia.

Sólo aquellos famosos indios de Sonora avanzaban audazmente como dignos adversarios de aquel terrible enemigo. Pero era desventajosísima la posición de

aquellos que á descubierto en lo alto de lomas pedregadas, eran cazados desde la torre de la iglesia ó por los tiradores ocultos en las milpas, enemigos que retrocedían por táctica, para anonadar al adversario ante las primeras casas.

Una vez en ellas, haciendo fuego por las claraboyas practicadas en las paredes, contuvieron á los asaltantes, que después de pasar el río, viendo más peligro en volver la espalda que en arrojarle hacia adelante, con ímpetu, jadeantes, arrodillándose á trechos para hacer fuego, y continuando después la carrera, tronchando las cañas y saltando por entre piedras, se estrellaron contra los fuegos certerísimos de las casas convertidas en *blockhouses*.

Un sargento primero del 11.º en el momento en que arrodillado apuntaba á una cabeza que á lo lejos sobresalía de una roca, cayó herido de muerte en la frente; y lo extraño fué que en la misma posición quedó, con el arma entre las dos manos, en actitud de apuntar, con las cuencas de los ojos, vacías; el cañón del fusil salpicado de sesos...

El combate generalizado ya en toda la línea, tomó en aquel momento un aspecto imponente. El humo de la pólvora excitaba, todos gritaban enronquecidos con gritos que dominaba el estruendo de las descargas; pero allá en el cuartel general del coronel Torres partió el toque siniestro de *media vuelta*, y hubo que retroceder, tras el heroico ataque.

El capitán segundo Francisco Corona, del 12.º bata-

llón, de bigotes grises de verdadero veterano, tronaba animando á su tropa al aproximarse á las casas.

—¡Adentro, muchachos!—les gritaba.—¡Adentro muchachitos! ¡El que se muere, se muere! ¡No hemos de morir de parto! ¡Viva el coronel Torres!... ¡Viva el 12.º batallón!

—Viva el Gran Poder de Dios! ¡Viva la Santísima



Trinidad!—contestaba el enemigo dentro de sus casuchas, cuyos adobes de un lodo duro como piedra, saltaban en pedazos al choque de las balas de los fusiles.

Cruz, seguido de la turba de muchachos que transmitía sus órdenes, iba y venía corriendo, agazapándose, gritando, dando órdenes, reanimando á todos y multiplicándose en todas partes.

Al amanecer, sus exploradores le avisaron que las

fuerzas que venían de Chihuahua estaban en marcha, por lo que la guerrilla que estaba al pie del cerro del Cordón de Lino seguía á la expectativa para actuar en cuanto intentasen bajar. Pedro Chaparro en el cerro de la Cueva cerraba el valle por el Sur.

Esperaba también al enemigo para flanquearlo entre el monte.

Replegáronse, pues, los tomochitecos, que combatían con las fuerzas de Sonora, y tras las paredes de sus casas continuaron disparando y haciendo estragos en las filas enemigas.

Los apostados en lo alto de la torre no erraban tiro alguno y ya la carnicería era espantosa.

La sección del 12.º batallón que intentó llegar hasta la iglesia fué hecha pedazos y dispersada.

Los *pimas*, mas cautos, avanzaban á saltos trabando luchas terribles, cuerpo á cuerpo, dando salvajes alaridos, entre el estruendo fragoroso de las descargas crepitantes que se multiplicaban más y más.

El coronel Torres en la falda del cerro de la Cruz observaba con su anteojo de campaña aquel desastroso combate, trémulo de cólera y de impaciencia.

Se repitió el toque de *media vuelta* y empezó una desastrosa retirada más peligrosa que el mismo ataque. Se dejó una huella de heridos y cadáveres...

El capitán primero Luis Telles cayó muerto; pocos momentos después el capitán Corona era herido en un brazo, y al poco tiempo lo fué en un pie.

Un subteniente era hecho prisionero, al mismo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

tiempo que un cabo que corrió en su auxilio fué atravesado en el pecho por tres balas.

Un sargento segundo, llorando de rabia, loco de furor, con el fusil tomado con ambas manos por el cañón, gritaba, sin que nadie le hiciera caso, temblando su *piocha* cana de escasos pelos plateados:

—¡Viva el 12.º batallón, viva el coronel Torres, viva el general Rocha, los que estuvimos en la Bufo no corremos, viva el Gobierno!

Una bala le rompió la pierna y cayó de rodillas junto al cadáver de un corneta que tenía cuatro balazos en el pecho.

Dos soldados que volvían corriendo á incorporarse con el resto que se pasaba el río, bajo una lluvia de balas, trataron de llevárselo, y entonces él, frénético, dió un culatazo con su fusil en la cabeza de uno de ellos, gritándole enronquecido y ebrio de furor:

—¡Cobardes! los que estuvimos en la Bufo no *corremos*.... ¡Viva mi general Ro...—En aquel momento, y antes de que acabara la palabra, cayó de espaldas, atravesado el cráneo por una bala que debió de haber venido de lo alto de la torre.

Entre tanto el corneta de órdenes del general Torres continuaba tocando sin cesar, la contraseña convenida: *atención, parte y rancho*. Al fin se oyó en los cerros del Oriente la contestación, *atención parte y diána*. El General Rangel llegaba cuando las fuerzas de Sonora se retiraban diezmadas por completo.

A la sazón, allá de los montes del Cordón de Lino, se oía la furiosa detonación del cañoncito asestado sobre el pueblo.... pero.... la granada estallaba muy lejos. Después en su falda se oyó un vivísimo tiroteo que fué aumentando progresivamente.

Principiaban á batirse allá, al otro lado, en tanto que acá terminaban.

